

vincias. huérfanas sin sus Jefes: lo único casi completo la Sección Femenina, aunque perseguidas también las mujeres por la Policía y amenazadas de muerte por los comunistas.

Las mujeres de la Falange, casi solas para atender a los presos, unos diez mil en toda España, para visitarlos, para esconder armas, para llevar las consignas del Movimiento desde la Cárcel Modelo a todas las provincias.

Persecución espantosa de Casares Quiroga, mujeres de Falange a la cárcel por insultar en los juicios a los magistrados que votaban sentencias injustas.

Lola Primo de Rivera, la primera detenida, con sus veinte años, ingresó con estoicismo en la cárcel porque así se lo pedía la Falange.

Después Dorita, Inés, Gloria, Josefina, las Moscosos. En la cárcel de las Ventas, de Madrid, cada vez más mujeres nacionalsindicalistas. Y en Valladolid, Segovia, Sevilla, Lugo; Rosario Pareda, Angelita Ridruejo, María Azancot, Manuela Castro, en la cárcel también por hacer propaganda, por ser enlace con los militares.

Pero todas alegrés, ni una lágrima, ni un suspiro de viejo estilo, detrás de las rejas, llenas de fe en la Falange y en José Antonio.

Y las demás, perseguidas, sin poder vivir en sus casas, vendiendo sellos, vendiendo jabones que era dinero para los presos, repartiendo el *No Importa*, haciendo monos para los detenidos, poniendo sobres para la propaganda, y todo clandestino, cada día en una casa, en un sitio distinto, para que no se enterara la Policía.

Réuniones en el Museo del Prado, en la sala de Velázquez; consignas allí para todas las mujeres y para los hombres, frases convenidas y a medias palabras, reparto de sellos para que se vendieran, alegría de juventud convencida y seguridad en el triunfo.

Jornada de trabajo intensiva para la Sección Femenina, desde febrero hasta el 13 de julio de 1936.

Desde las siete de la mañana, visita a la cárcel, cientos de cajetillas de tabaco, las comidas;

cada galería tiene la visita a una hora, y hay falangistas en la quinta, en la segunda, en la primera. A las doce, visita a la de «Políticos». Optimismo y fe detrás de aquellas rejas, en contraposición con la indiferencia de las derechas en la calle y la mala intención del Gobierno de Azaña.

Papeles que eran consignas de los Jefes para las provincias, cartas que por las tardes tenían que llevar las mujeres de la Sección Femenina a quien ya las esperaba. Todo aquello por entré las rejas, sin que las vieran; y palabras de José Antonio, que nos mandaba seguir.

Además, los atentados, camaradas que caían todos los días y a todas horas en las calles de España.

Tristeza infinita por la muerte de ellos, pero obligados cada vez más, por su misma muerte, a no dejar que escatimaran nuestra revolución.

Entierros de las camaradas, como en tiempos de los primeros cristianos, a deshora, en los cementerios casi solos. Prometiéndole allí, delante del camarada caído, no descansar hasta cumplir la última de las consignas de Falange. Camisas azules ya sobre los cuerpos de los camaradas muertos; la bandera nacionalsindicalista y una cruz. Responso del sacerdote y el «¡Presente!» de los Caídos.

Cincuenta, sesenta, ochenta y así hasta ciento y pico antes del 13 de julio muertos por la Falange.

El Gobierno impávido, las gentes pacíficas, ni a comentar se atrevían; sólo la Falange se encargaba de hacer justicia a aquellos asesinos de nuestros hombres.

Represalias a los magistrados injustos, muertos comunistas en sus mismos centros y asaltos a la Casa del Pueblo.

Y Casares Quiroga, frenético, chillando en el Congreso que era beligerante contra la Falange. Y la Falange, más fuerte que él; la Falange, sola, solos sus hombres y sus mujeres, en las cárceles y en la calle, en línea de combate; en Madrid y en toda España.